

**¿DIOS ES JEHOVÁ?
UN ESTUDIO DEL USO ALTERNANTE DE LAS FORMAS
LINGÜÍSTICAS DIOS Y JEHOVÁ EN LAS REVISTAS Y
LOS TRÍPTICOS DE LOS TESTIGOS DE JEHOVÁ**

IS GOD JEHOVAH?
A STUDY OF THE ALTERNATING USE OF THE LINGUISTIC
FORMS *GOD* / *JEHOVAH* IN THE MAGAZINES AND
LEAFLETS OF THE JEHOVAH'S WITNESSES

ELINA ALEJANDRA GIMÉNEZ
Instituto de Lingüística
Universidad de Buenos Aires
Centro de Estudios e Investigaciones Lingüísticas
Universidad Nacional de La Plata
Argentina
literatura1967@gmail.com

La Congregación Cristiana de los Testigos de Jehová afirma que el nombre verdadero de *Dios* es *Jehová* y que Dios desea que se lo llame por ese nombre. Sin embargo, hay una clara contradicción entre esa afirmación y lo que en verdad se enuncia en las revistas, *La Atalaya. Anunciando el Reino de Jehová* y *¡Despertad!*, y en los trípticos que los miembros de la congregación distribuyen en la vía pública. En efecto, el estudio del uso alternante de las formas lingüísticas *Dios* / *Jehová* ha revelado que el enunciador opta con mayor preferencia por el uso de forma *Dios*. El propósito de este artículo reside entonces en explicar la resistencia al uso de la forma *Jehová*. Para abordar la cuestión principal, se ha partido de los postulados del Análisis de Discurso y de la perspectiva etnopragmática, cuyas herramientas metodológicas resultan ser muy eficaces para explicar la hegemonía de la forma *Dios* en el discurso religioso que los Testigos de Jehová construyen en torno a la importancia del uso del nombre propio *Jehová*.

Palabras clave: nombre propio, variación léxica, significado básico

The Christian Congregation of Jehovah's Witnesses affirms that the true name of God is *Jehovah* and that *God* desires to be called by that name. However, there is a clear contradiction between that statement and what is really stated in the magazines, *The Watchtower. Announcing the Kingdom of Jehovah and Awake!*, and in the triptychs that members of the congregation distribute on public roads. Indeed, the study of the alternating use of the linguistic forms *God / Jehovah* has revealed that the enunciator chooses with greater preference for the use of *God* form. The purpose of this article is then to explain the resistance to the use of *Jehovah* form. To address the main issue, we have started from the postulates of Speech Analysis and the ethnopragmatic, perspective whose methodological tools turn out to be very effective in explaining the hegemony of the *God* form in the religious discourse that Jehovah's Witnesses build around the importance from the use of the proper name *Jehovah*.

Keywords: proper name, lexical variation, basic meaning

Recibido: 23 agosto 2019

Aceptado: 06 octubre 2019

0. INTRODUCCIÓN

Todos los discursos religiosos intentan dar cuenta, aunque el modo y los lenguajes difieran, de un objeto trascendente: la divinidad en todas y las más variadas expresiones y de sus acciones, producto de sus atributos: omnipotencia, sabiduría, compasión, dominación, infinitud, eternidad y todos sus conexos. Todos ellos persiguen más o menos los mismos fines: el deseo de omnipresencia y de reconducción de toda otra discursividad social, desde lo que significa la palabra del Papa, la del sacerdote de la tribu pasando por los rabinos, los ayatolas y los contemplativos monjes de las pagodas o monasterios (Jitrik 2008: 67-69).

El discurso religioso que la Congregación Cristiana de los Testigos de Jehová construye en torno a *Dios* busca imponerse mediante la promesa de resurrección y vida eterna.¹ Para ello, el enunciador emplea una estrategia discursiva destinada a persuadir al otro –eventual lector de las revistas y los trípticos–, de que puede lograr mayor contacto y cercanía con *Dios* si lo llama usando el nombre propio *Jehová*, como si tratara con un amigo. Veamos el texto que sigue:

¿Por qué debemos usar el nombre de Dios?

Todos nuestros familiares tienen un nombre. Hasta las mascotas tienen el suyo. ¿No sería razonable que *Dios* tuviera nombre? En la Biblia se utilizan varios títulos para referirse a *Dios*, entre ellos Todopoderoso, Señor, Soberano y Creador. Pero Él también tiene un nombre propio.

En muchas traducciones de la Biblia, el nombre propio de *Dios* aparece en el Salmo 83:18. Por ejemplo, en la Traducción del Nuevo mundo de las Santas Escrituras² se vierte este

¹ La promesa de resurrección y vida eterna es un tópico fundacional de la doctrina cristiana. Puede consultarse: *El libro del Pueblo de Dios*, Buenos Aires, Ediciones Paulinas, 1987.

² Nombre de la versión de la Biblia reescrita por los Testigos de Jehová, sobre la que se asienta toda su doctrina y el contenido de los artículos de las revistas y los trípticos que componen el corpus analizado

versículo como sigue: “Tú, cuyo nombre es *Jehová*, Tú solo eres el Altísimo sobre toda la tierra.”

Dios desea que usemos su nombre. Cuando hablamos con nuestros amigos íntimos, nos dirigimos a ellos por su nombre. ¿No deberíamos hacer lo mismo al dirigirnos a *Dios*? Además, Jesucristo nos animó a usar el nombre de *Dios*. (Lea Mateo, 6: 9; Juan, 17: 26).

Ahora bien, para ser amigos de *Dios* no hace falta más que solo saber su nombre. ¿Cómo es *Dios*? ¿Es posible acercarse a Él? La respuesta la encontrará en la Biblia.

Los Testigos de Jehová le ayudaremos con mucho gusto a aprender la verdad acerca de *Dios* y sus propósitos. Ofrecemos clases bíblicas gratuitas a domicilio.

(*La Atalaya. Anunciando el Reino de Jehová*,
noviembre 2012: 13-16)

Queda claro que el enunciador prevé un enunciatario que ya es creyente. Su objetivo es persuadirlo de que puede ayudarlo a convertirse en amigo de *Dios*. El objetivo solapado es convertir al enunciatario en testigo de Jehová.

En el mes de diciembre de 2012, la revista *La Atalaya. Anunciando el Reino de Jehová* publicó un artículo titulado “El nombre divino y el legado de Alfonso de Zamora”, en el que se afirma que ese estudioso de origen hebreo, fue quien tradujo al latín la versión hebrea del libro del Génesis y transliteró la forma *Jehová* como nombre verdadero de *Dios*. Pero, según el enunciador, algunos estudiosos sustituyeron ese nombre por palabras como *Señor* o *Creador*. Citamos:

¿Cuál es el nombre de Dios?

Al sustituir el nombre divino por títulos, los traductores cometen un grave error. Hacen que *Dios* parezca lejano e impersonal. La Biblia, por el contrario, nos anima a todos a cultivar una relación de “intimidad con *Jehová*” (Salmo 25: 14). Piense en un amigo íntimo. Si usted no supiera siquiera cómo se llama, ¿se sentiría muy unido a él? Pues ocurre algo parecido en el caso de *Dios*. ¿Cómo vamos a tener una amistad estrecha con él si no sabemos que se llama *Jehová*?

En la Biblia se expone una verdad fundamental acerca de *Dios*, cuyo nombre es *Jehová*: que Él es el Creador y, por lo tanto, tiene poder y autoridad para controlar a las fuerzas naturales de la Tierra.

(*La Atalaya. Anunciando el Reino de Jehová*,
diciembre 2012: 13-15)

Además de afirmar que en la Biblia el nombre *Jehová* fue sustituido, el enunciador plantea abiertamente la idea de que *Dios* puede ser un amigo cercano si se lo llama por el nombre *Jehová*.

La Sociedad Watch Tower Bible and Tract Society³ afirma en su página oficial⁴ que el nombre *Jehová* aparece en la Biblia como el nombre verdadero de *Dios*, (Éxodo 3: 14,15;

³ Organismo jurídico que representa a la Congregación Cristiana de los Testigos de Jehová y es responsable legal de todas las publicaciones.

⁴ Jw.org. (Jehovah's Witnesses) Página oficial.

Salmo 83: 18; 100: 3, Juan 17: 23.), que la palabra *Dios* es solo un título equivalente a rey, creador o emperador, y que *Jehová* es un nombre como Juan o Pedro.

Pero a pesar de la insistencia en la importancia del uso del nombre propio *Jehová*, el enunciador opta, preferentemente, por la forma *Dios*.

Para que esa preferencia del enunciador por la forma *Dios* pueda observarse con más precisión, elaboramos una tabla que muestra, mediante porcentajes, la distribución de ambas formas lingüísticas en variación: *Dios / Jehová*, en las revistas y los trípticos analizados.

El corpus estudiado se compone de doce revistas y doce trípticos. Seis revistas, son ediciones de *La Atalaya. Anunciando el Reino de Jehová*; las otras seis, corresponden a la revista *¡Despertad!* Las doce revistas y los trípticos fueron publicados entre noviembre de 2012 y abril de 2013.

	<i>Dios</i>	<i>Jehová</i>	Totales
La Atalaya	378(71%)	156 (29%)	534
¡Despertad!	146(78%)	40 (21%)	186
Trípticos	143(82%)	39 (21%)	182
Totales	667	235	902

Tabla 1. Distribución general de las formas *Dios / Jehová*

Los números exhiben claramente la totalidad de las veces que aparece cada una de las formas en variación en el corpus estudiado. *Dios* es la forma elegida por el enunciador, a pesar de todo lo expresado respecto del uso del nombre propio *Jehová*.

Por lo tanto, el propósito principal de este artículo reside, como anticipamos, en explicar la contradicción entre lo que el enunciador proclama respecto de la importancia del uso del nombre propio *Jehová* para nombrar a *Dios* y lo que en verdad enuncia.

Específicamente, nos interesa explicar el uso alternante de ambas formas lingüísticas, *Dios/Jehová*, y el por qué del predominio de la primera forma por sobre la segunda. Y tal como anticipamos, este trabajo, pretende, además, configurarse como un aporte a las investigaciones sobre léxico que, en general, no han privilegiado la perspectiva de la variación a este respecto.

La hipótesis de este trabajo se sustenta en la presunción de que el uso alternante de ambas formas en variación: *Dios / Jehová*, y la hegemonía de la primera por sobre la segunda, no es casual sino que obedece a las necesidades comunicativas específicas del discurso que los Testigos de Jehová promueven en relación con *Dios*.

Es debido a esa presunción que, para llevar a cabo este estudio, hemos decidido partir de los postulados del Análisis de Discurso, entendido como una práctica interdisciplinaria (Casalmiglia y Tusón 1999; Arnoux 2009), y de la perspectiva Etnopragmática (García 1995;

Martínez 1995, 2000, 2009), cuyas herramientas metodológicas, *Odds ratio* y *Chi square*, resultan ser muy eficaces para explicar la resistencia al uso de la forma *Jehová*.

El carácter interdisciplinario del Análisis del Discurso deriva de que este puede convocar, de diferentes maneras e integrándolas si es necesario, disciplinas lingüísticas variadas (Arnoux 2008: 13-22).

El análisis etnopragmático parte de una hipótesis semántica de los sesgos cuantitativos observados en el empleo de las formas que apuntan a un mismo referente y de la convicción de que el uso alternante de unidades lingüísticas no es casual ni caótico, sino que responde a las necesidades de los hablantes en sus intentos comunicativos.

El objetivo de este enfoque es estudiar la motivación de las selecciones lingüísticas y determinar la relación entre el aporte significativo de las mismas y el mensaje que se infiere en el discurso (Martínez 2009: 269-270).

La decisión de enlazar el Análisis del Discurso con la metodología del enfoque etnopragmático nos ha facilitado tanto la inmersión cualitativa como el análisis cuantitativo en la medida en que ambos pueden vincularse y retroalimentarse recíprocamente. Sobre esta cuestión, volveremos al final.

1. EL DISCURSO DE LOS TESTIGOS DE JEHOVÁ EN TORNO A DIOS

Vistos en su singularidad, los discursos propios de cada religión muestran que, cada uno a su vez, opera en diversos planos que generan subdiscursos cada uno de los cuales está o pretende estar vinculado coherentemente con una unidad central, además de estar entretelado con los restantes. Es por eso que, mediante la observación de sus respectivas prácticas, se puede afirmar que el campo discursivo que llamamos *discurso religioso* se divide en una serie de subdiscursos: *Discurso sagrado*, *discurso exegético*, *discurso expansivo*, *discurso eclesiástico*, *discurso prospectivo* y *discurso místico*.

Todos estos tipos de subdiscursos son caracterizables en dos direcciones: la primera es la de la enunciación, la otra, es la de la recepción, es decir, de la acción que ejecutan y de los respectivos efectos que persiguen. Los efectos que procuran, son más o menos los mismos: la reverencia y la obediencia (Jitrik 2008: 72-82).

El discurso religioso que los Testigos de Jehová difunden en torno a Dios opera específicamente en el plano del subdiscurso que Jitrik postula como *discurso prospectivo*. La retórica principal de este tipo de subdiscurso descansa en la paráfrasis, la glosa, la predicación, ya sea oral o escrita, las publicaciones periódicas, los libros de doctrina, las hagiografías de textos consagrados, actualizados mediante su reformulación⁵, y las narraciones de situaciones ejemplificadoras, tales como los milagros o las conversiones a partir de cuyo relato se trata de ratificar, en los propios fieles o de convencer a quienes no los son, las verdades contenidas en el discurso sagrado y lo que él representa.

Las revistas *La Atalaya. Anunciando el Reino de Jehová* y *¡Despertad!*, además de los trípticos constituyen los principales medios de comunicación escrita donde se reproducen –a

⁵ Según Narvaja de Arnoux y Blanco (2007): “el comentario institucional es una herramienta de control en la medida en que las operaciones metatextuales sobre un texto consagrado anclan y definen, así, los sentidos admitidos.”

través de operaciones discursivas como el comentario y la reformulación de las historias bíblicas— los hechos destinados a promover la idea de que llamar a *Dios* por el nombre *Jehová* e imitar las acciones y la conducta de los personajes bíblicos es el camino a seguir para obtener beneficios por parte de *Dios*.

La finalidad del subdiscurso *prospectivo* es tan directa y precisa que puede ser autorreferencial. Puede suponer que el objetivo que persigue es indiscutible e irrefutable y que se argumenta en sí mismo, por el solo hecho de ser enunciado.

Las marcas retóricas a las que apela el discurso *prospectivo* son la convocatoria y la promesa y, eventualmente, la amenaza, la inclusión y la correlativa exclusión. Veamos al respecto el texto que sigue.

¿Qué nos enseña la Biblia?

Dios tiene el poder de vencer a la muerte mediante la resurrección, y eso es precisamente lo que promete hacer en su justo nuevo mundo ¿Podemos confiar en esa promesa? El propio Hijo de *Dios*, Jesús, responde con unas palabras que nos llenan de esperanza. Lea Mateo 22: 31, 32).

Cuando *Dios* elimine la maldad y el sufrimiento, la tierra se transformará en un paraíso donde la gente podrá vivir feliz para siempre y con salud perfecta. La Biblia predice que *Dios* “limpiará toda lágrima de los ojos, y la muerte no será más, ni existirá ya más lamento ni clamor ni dolor” (Revelación [Apocalipsis] 21: 4).

[...] Si tanto el hombre como la tierra seguirán existiendo después del fin, ¿no es lógico que se inicie una nueva era, un nuevo sistema de cosas? La Biblia contesta afirmativamente, pues habla del “sistema de cosas venidero” (Lucas 18: 30). Jesús llamó a esa época futura “la renovación de todas las cosas.” Él hará que la humanidad viva en las condiciones que *Dios* quería en un principio (Mateo 19: 28) Entonces podremos disfrutar de las siguientes bendiciones: Una tierra convertida en paraíso con seguridad y prosperidad para todos (Isaías 35: 1; Miqueas 4: 4). Trabajo útil y gratificante (Isaías 65: 21-23). La curación de todas las enfermedades (Isaías 33: 24). La recuperación de la juventud (Job 33: 25). La resurrección de los muertos (Juan 5: 28, 29).

Dios no espera credulidad, fe ciega. Por eso inspiró a los escritores de la Biblia para que pusieran por escrito profecías que solo Él, el Todopoderoso, podía cumplir [...] Tenemos la garantía de que Dios cumplirá las predicciones que afectan nuestro futuro. El Creador borrará del mapa a la religión falsa, a los gobiernos tiránicos y al voraz sistema económico. ¿Le gustaría saber qué sucederá después? Entonces no se pierda el siguiente número de ¡*Despertad!* que contendrá el último artículo de esta serie.

Jesús sabía que para comprender la verdad espiritual contenida en la Biblia hacen falta dos cosas: la ayuda de Dios y una buena actitud de corazón. Como dice Mateo 11: 25, él exclamó: “Te alabo públicamente, Padre, Señor del cielo y de la Tierra porque has escondido estas cosas de los sabios y los intelectuales y las has revelado a los “pequeñuelos.” [...] *Jehová* concede su favor a los humildes, no a los altivos. (Santiago 4: 6). Él oculta la verdad a “los sabios e intelectuales”, las personas instruidas del mundo, que por su orgullo y excesiva confianza en sí mismas creen que no necesitan su ayuda.

(*La Atalaya. Anunciando el Reino de Jehová*
febrero de 2013: 13-16)

Claramente, el discurso ancla en la promesa de resurrección y vida eterna en una tierra paradisíaca absolutamente renovada donde no habrá ni dolor ni muerte. Esa promesa es el tema del discurso. En efecto, el nombre de una de las revistas, *La Atalaya. Anunciando el Reino de Jehová* promueve esa idea. Pero, según el enunciador, es solo *Dios*, no *Jehová*, quien ostenta y posee el poder supremo divino para llevar a cabo ese plan.

Es también *Dios*, no *Jehová*, el eje principal del discurso en torno al futuro de la humanidad. En el texto que sigue, veremos que la condición básica para obtener la resurrección y la vida eterna es la obediencia a *Dios*.

Acérquese a Dios

La Biblia enseña que “los justos” vivirán en el paraíso. Pero, ¿quién es el justo a los ojos de *Dios*? Desde luego, no la persona que participa en los ritos de su religión y al mismo tiempo desobedece la voluntad de *Dios*. Leemos en la Biblia: “¿Se deleita tanto Jehová en ofrendas quemadas y sacrificios como en que se obedezca la voz de *Jehová*? ¡Mira! El obedecer es mejor que un sacrificio” (1 Samuel 15: 22). En pocas palabras, “los justos” que vivirán para siempre en el paraíso serán los que obedezcan los mandamientos de *Dios* expuestos en su palabra.

Cuando Jesús describió los sucesos terribles que ocurrirían en la Tierra durante los últimos días, agregó: “Al comenzar a suceder estas cosas, levántese erguidos y alcen la cabeza, porque su liberación se acerca” (Lucas 21: 28). Jesús se refería a la liberación que nos introduce en el nuevo mundo de justicia de *Dios* donde “la creación misma también será liberada de la esclavitud de la corrupción y tendrá la gloriosa libertad de los hijos de *Dios*. (Romanos 8: 21). ¡Qué alivio recibirá la humanidad al verse libre de las cargas del pasado y despertarse a diario con la mente despejada, con ganas de emprender la actividad cotidiana! Ya nadie tendrá que luchar contra las nubes de la depresión. Con toda garantía, *Dios* promete al hombre que “limpiará toda lágrima de sus ojos, y la muerte no será más, ni existirá ya más lamento, ni clamor, ni dolor. Las cosas anteriores han pasado.” (Revelación 21: 3, 4) (Tríptico “Consuelo para los deprimidos”).

El propio Jesús indicó la importancia que tiene para nosotros su muerte y resurrección. Hablando de sí mismo, explicó que tenía que “ser levantado para que todo el que cree en él tenga vida eterna. Porque tanto amó *Dios* al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que tiene fe en él no sea destruido, sino que tenga vida eterna.” (Juan 3: 14-16).

De modo que si verdaderamente queremos vivir en el nuevo mundo de *Dios*, primero tenemos que aprender la voluntad de *Dios* y luego hacerla, pues es un hecho que este “mundo va pasando, y también se desea pero el que hace la voluntad de *Dios* permanece para siempre. Al proceder así, podremos disfrutar eternamente de las bendiciones que nuestro amoroso creador derramará con abundancia” (Juan 2: 17).

(*¡Despertad!*, marzo de 2013)

El enunciador ratifica su posicionamiento respecto del poder absoluto de *Dios*. Afirma que *Dios* garantiza la resurrección y la vida eterna para todos los que sean obedientes y fieles. Es a *Dios* y no a *Jehová*, a quien le asigna nuevamente el poder de decidir quién es justo, fiel y obediente y, en consecuencia, quién será salvado de la corrupción, la enfermedad y la muerte. *Dios* es quien tiene la decisión final.

En este sentido, hay otro aspecto muy importante que contribuye a enfatizar la idea del poder absoluto divino asignado a *Dios* por el enunciador: es a *Dios*, no a *Jehová*, a quien le atribuye la paternidad de un hijo: Jesús. Es *Dios* quien tiene poder sobre Jesús.

Resulta evidente que todo el discurso en torno a *Dios*, difundido a través de las revistas y los trípticos, ancla en la idea del poder supremo divino de *Dios*. Dicho poder se configura, como señalamos anteriormente, en la capacidad de decidir sobre la vida, la muerte y la resurrección.

En ese marco de sentido, es importante destacar además que, igual que en todos los textos que citamos antes, en éste último también predomina la forma *Dios* por sobre la forma *Jehová*.

2. LOS MEDIOS DE DIFUSIÓN DEL DISCURSO: LAS REVISTAS Y LOS TRÍPTICOS

El análisis propuesto en este artículo se focaliza, como señalamos antes, en doce revistas, *La Atalaya. Anunciando el Reino de Jehová* y *¡Despertad!* y doce trípticos o “tratados”⁶ que constituyen la principal herramienta de comunicación escrita que los Testigos de Jehová utilizan para llevar adelante su obra de predicación mundial.

El criterio de selección aplicado se circunscribió a un segmento de seis meses –noviembre, diciembre, enero, febrero, marzo y abril– que resulta muy significativo para todas las religiones de tradición judeo–cristiana.

En efecto, durante esos meses, los Testigos de Jehová intensifican sus prácticas de predicación en la vía pública. En el mes de noviembre se recuerda a los Fieles Difuntos. En diciembre, se celebra la Navidad, el nacimiento de Jesucristo. En el mes enero, la llegada del Año Nuevo. Entre los días 5 y 6 se conmemoran la Circuncisión del Niño Jesús y la *Epifanía*, es decir, la adoración de Jesús por parte de los reyes magos.

En febrero, se inicia el período que la liturgia católica llama Cuaresma. Se trata de los cuarenta días previos al Domingo de Ramos (día de la entrada de Jesús a Jerusalén) que da inicio a la Semana Santa, período de crucifixión, calvario y muerte de Jesús. Hacia fines del mes de marzo y la primera semana del mes de abril, se conmemora el episodio que la fe católica llama Domingo de Resurrección, Domingo de Pascua o Domingo de Gloria, que alude a la resurrección de Jesús entre los muertos al tercer día de haber sido crucificado.

Es importante aclarar, además, que hemos tenido en cuenta solo los años 2012 y 2013, ya que entre los meses de noviembre y abril de esos dos años, hubo dos sucesos de gran importancia para la fe católica y para el mundo occidental cristiano en general: la renuncia del Papa Benedicto XVI y la elección del cardenal argentino Jorge Bergoglio como Papa.

Tanto las dos revistas como los trípticos son distribuidos por los miembros de la congregación, en la vía pública, con la finalidad de dar a conocer las principales ideas que los Testigos de Jehová postulan sobre *Dios*, y para poner a disposición de los lectores interesados una dirección de contacto.

⁶ Los trípticos o también llamados “tratados” no tienen una fecha específica de edición. Presentan un título general y el contenido que abordan reproduce los textos publicados por *La Atalaya. Anunciando el Reino de Jehová* y *¡Despertad!*

Un dato que resulta relevante para este trabajo es que ambas revistas comenzaron a publicarse en 1879, aproximadamente, y el objetivo fue y es, desde entonces, persuadir al otro de adherir al discurso para que se convierta en testigo de Jehová.

El uso de revistas y trípticos es habitual en los “discursos de eficacia” (Jitrik, 2008: 9-11), el discurso publicitario y en el discurso político.

En el discurso religioso, al igual que en los discursos publicitario y político, el soporte gráfico garantiza la inscripción de los enunciados en un marco de preservación. Un texto escrito puede circular lejos de su fuente, encontrar públicos imprevisibles y, además, ofrece cierta distancia, con respecto al enunciador, que resulta propicia para la relectura individual y/o colectiva y para la elaboración de una interpretación posible o de varias. (Maingueneau 2009: 69-70).

Postular que el discurso de los Testigos de Jehová es un discurso religioso eficaz, requiere de un análisis que excede los límites del presente trabajo.

3. LOS MODOS DE DECIR: EL ENUNCIADOR

Ya se ha señalado que el discurso religioso se compone de una serie de subdiscursos. Los enunciadores de los distintos subdiscursos presentan rasgos comunes. En conjunto, todos ellos configuran un enunciador genérico, ya que en todos los casos es intencionado. La intención predomina sobre la comunicación de modo tal que, de manera directa o solapada, ignora la horizontalidad –característica de la conversación– que vincula al emisor con el receptor.

Es por eso que a veces puede mostrarse amenazante y violento, o bien seductor y persuasivo. Posee, en suma, las múltiples posibilidades de los actos de habla y está investido, alternativamente, de las cualidades que se pueden observar en cualquier campo discursivo (Jitrik 2008: 72-73).

En el texto que sigue, el enunciador cita una amenaza bíblica y a continuación sugiere un modo de evitar ese destino fatal promoviendo como requisitos las oraciones de alabanza a *Dios* y el cumplimiento con las condiciones que *Dios* impone.

¿Cómo será el Reino de Dios?

Cuando venga el fin ¿quiénes sobrevivirán? La Biblia responde: “Los rectos que residirán en la tierra, los exentos de culpa son los que quedarán en ella. En cuanto a los inicuos, serán cortados de la mismísima tierra; y en cuanto a los traicioneros, serán arrancados de ella”. (Proverbios 2: 21-22). Las personas rectas son las que aprenden cuál es la voluntad de *Jehová* y la llevan a cabo. En efecto, el mundo va pasando y la voluntad de *Dios* permanece para siempre.

Para que *Dios* escuche nuestras oraciones, tenemos que esmerarnos por cumplir con las condiciones que Él ha establecido.

(Tríptico: “¿Cómo será el Reino de Dios?”)

Un aspecto específico del enunciador, o de los enunciadores, del discurso religioso, corresponde a la distinción entre *dignatarios* y *creyentes*. Los primeros forman parte de instituciones en sus diversas facetas o registros. Los otros pueden ser pasivos, simples receptores, o activos, propagadores o practicantes, habitualmente en el ámbito privado (familiar, educativo, vestimentarios), como en el público (difusión, prácticas laicas y políticas de la religión) (Jitrik 2008: 83-85).

El enunciador de las revistas y los trípticos que los Testigos de Jehová se inscribe en el discurso como dignatario y creyente activo. Y si bien a veces se torna amenazante, busca, en general, ser persuasivo apelando, entre otras estrategias, a la argumentación mediante el ejemplo y el modelo (Perelman 1997).

Veamos los siguientes textos:

Ejemplos de fe

¿Vale la pena seguir el ejemplo de humildad de Moisés? Claro que sí. Cuando manifestamos verdadera humildad, les hacemos la vida más fácil a los que nos rodean y nos grajeamos su cariño. Pero más importante aún, nos granjeamos el cariño de *Jehová*, quien se caracteriza por esa hermosa cualidad.

(*La Atalaya. Anunciando el Reino de Jehová*,
febrero 2013: 12)

[...] Al ir creciendo los dos muchachos, Adán seguramente les enseñó a efectuar los trabajos necesarios para alimentar y cuidar a la familia. Caín optó por la agricultura y Abel se hizo pastor de ovejas. Y Abel hizo algo mucho más importante: con los años fue cultivando fe, esa hermosa cualidad de la que después escribió el apóstol Pablo. ¿De dónde obtuvo la fe en *Jehová* si no la veía en ningún ser humano? Seguramente Abel dedicó tiempo a reflexionar en asuntos espirituales. Imagínese lo cuidando de su rebaño. La vida de un pastor exigía caminar mucho. Conducía a sus mansas ovejas a través de valles y ríos siempre buscando la hierba más verde, los mejores abrevaderos y los lugares de descanso más protegidos. Las ovejas parecían ser las más indefensas de todas las criaturas de *Dios* como si hubiesen sido creadas con la necesidad de que el hombre las protegiera.

¿Se daba cuenta Abel de que él también necesitaba guía, protección, cuidado de Alguien mucho más sabio y poderoso que cualquier ser humano? Seguro que en sus oraciones incluía reflexiones de este tipo y con ello su fe siguió aumentando.

(*¡Despertad!*, enero 2013: 14-15).

Además de procurar persuadir al lector de que *Dios* tiene un nombre propio, *Jehová*, y que desea que lo llamen por ese nombre, el enunciador busca convencerlo de que debe hacer algo luego de leer las revistas y/o los trípticos.

Concretamente, busca que el lector imite, por ejemplo, la humildad de Moisés o la actitud reflexiva de Abel, y aumente su fe en alguien superior. Dicho de otro modo, el propósito es que esa lectura produzca el efecto de imitar o de adherir a lo expresado en la lectura con vistas a la participación activa en la congregación.

De ahí que podamos afirmar que el discurso de los Testigos de Jehová en torno a *Dios* es, como la mayoría de los discursos religiosos, fuertemente perlocutivo (Jitrik 2008: 67-68).

Al igual que en los textos que citamos antes, la forma *Jehová* no está ligada al poder absoluto divino, ni a la capacidad de otorgar y/o devolver la vida. Por el contrario, la forma *Jehová* está ligada a una simple capacidad humana: la de poseer la cualidad de la humildad. El enunciador no le asigna a *Jehová* el poder supremo divino y absoluto que le atribuye a *Dios*.

4. NOMBRAR A DIOS

Uno de los problemas que plantea el lenguaje del discurso religioso es nombrar a *Dios*. La nominación de *Dios* en las expresiones originarias de la fe son formas complejas de discurso tan diversas como narraciones, profecías, legislaciones, plegarias, proverbios, himnos y fórmulas litúrgicas.

En conjunto, todas esas formas de discurso nombran a *Dios*. Sin embargo, cada una de ellas nombra a *Dios* de manera distinta. Cada una de ellas envuelve un estilo particular de confesión de fe donde *Dios* es nombrado de manera original.

Toda exégesis contemporánea ha llamado la atención sobre el predominio de la estructura narrativa en los escritos bíblicos. La teología del *Antiguo Testamento* se establece, ante todo, como teología de las tradiciones, en torno a ciertos acontecimientos centrales como la vocación de Abraham, el éxodo y la unción de David.

De manera que la nominación de *Dios* es fundamentalmente una nominación narrativa. Esta teología de las tradiciones nombra a *Dios* en concordancia con un drama histórico que se cuenta como un relato de liberación. *Dios* es el *Dios* de Abraham, de Isaac y de Jacob. *Dios* es el actuante de una gran gesta de liberación. Y como actuante, es solidario con los acontecimientos fundadores en los cuales la comunidad de interpretación se reconoce arraigada (Ricoeur 2008: 87-94). En tal sentido, Ricoeur afirma que nombrar a *Dios* es, ante todo, un momento de la confesión narrativa. Y es en la “cosa” contada donde *Dios* es nombrado.

La relación con *Dios* se interioriza con el himno de celebración, de súplica y de acción de gracias. Ya no es solo el hombre el que es un “tú” para *Dios*, como en la misión profética o en el mandamiento ético, es *Dios* el que se convierte en un “tú” para el tú humano.

De modo que *Dios* es nombrado diversamente en la narración que Lo cuenta, en la profecía que habla en su Nombre, en la prescripción que Lo designa como fuente de imperativo, en la sabiduría que Lo busca como sentido del sentido y en el himno que Lo invoca en segunda persona.

Es debido a esto que el término *Dios* no se deja comprender como un concepto filosófico. La palabra *Dios* dice más que el término “Ser”, porque presupone todo el contexto de los relatos, de las profecías, de las leyes, de los escritos sapienciales y de los salmos. El referente *Dios* resulta entonces focalizado por la convergencia de todos esos discursos parciales. Expresa la circulación del sentido entre todas las formas del discurso donde se nombra a *Dios*, puesto que no solo es el índice de la mutua pertenencia de las formas originales del discurso de la fe, sino también el de su inacabamiento.

De ahí que lo que impide transformar en un saber la dialéctica de la nominación de *Dios*, es el hecho de que *Dios* queda designado a la vez como El que se comunica a través de las distintas modalidades antes mencionadas, y El que se reserva.

El episodio de la zarza ardiente (Éxodo 3: 13-5) resulta muy significativo, porque la tradición judeo-cristiana nombró ese episodio como *revelación del nombre divino*. Sin embargo,

ese nombre es precisamente innombrable. En la medida en que conocer el nombre de *Dios* era tener poder sobre Él, el nombre confiado a Moisés es precisamente el del ser que el hombre no puede realmente nombrar, es decir tener a merced de su lenguaje (Ricoeur 2008: 87).

Moisés ha preguntado: Pero cuando me pregunten cuál es tu nombre, ¿qué les responderé? Dios le dice entonces a Moisés: *Yo soy el que soy*. Y agrega: En estos términos te dirigirás a los hijos de Israel: “*Yo soy el que soy* me ha enviado hacia vosotros”.

De manera que el apelativo *Yahveh* (Él es) no es un nombre que define, sino que señala hacia la gesta de liberación. El texto continúa en estos términos:

Siguió Dios diciendo a Moisés: Así hablarás a los hijos de Israel: Yahveh el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros. Tal es mi nombre para siempre, por él me invocarán las generaciones futuras.

La idea de que a *Dios* se lo puede nombrar mediante el uso de un nombre propio se contrapone a lo explicitado en el episodio de la zarza ardiente.

5. LOS NOMBRES PROPIOS

En relación con las investigaciones que abordaron el estudio de los nombres propios, muchos han sido los autores que indagaron sobre la cuestión: Frege 1998; Searle 1999; Russell 2003; Maingueneau 2009, entre otros. Para llevar a cabo los propósitos específicos de este trabajo, hemos optado por la teoría de los nombres propios propuesta por Maingueneau (2009), ya que nos parece ser la más apropiada para iluminar los aspectos vinculados con el significado y la referencia de la forma *Jehová*.

Según el analista francés, solo se da nombre propio a seres frecuentemente evocados, relativamente estables en el espacio y el tiempo, y que tienen una importancia social o afectiva. Esto se debe a que no se puede cargar la memoria de los locutores, pero también por razones de intercomprensión. Si uno de los co-enunciadores no comparte exactamente las mismas experiencias que el otro, será incapaz de identificar el referente de numerosos nombres propios.

En efecto, Maingueneau reconoce tres interpretaciones posibles para el nombre propio: identificante, denominativa y predicativa.

La interpretación *identificante*: se trata del uso más clásico, por ejemplo, Lucía, Ariel, Juan. Aquí el nombre propio remite a un objeto particular que supuestamente ya está identificado por el co-enunciador. En este caso el nombre propio se abstiene como determinante salvo cuando este le esté soldado, por ejemplo, “La Roudete”, o cuando tiene un complemento que limita su referencia.

La interpretación *denominativa*, en cambio, está fundada en el hecho de que el referente se llama de tal manera: “Hay un Lionel en el equipo de Barcelona” o “la Córdoba de España”, por oposición a la provincia con el mismo nombre, en Argentina

La interpretación *predicativa* da cuenta de algunas propiedades vinculadas con la opinión que se tiene sobre el portador del nombre propio, por ejemplo: “María es la Venus del pueblo”, “Daniel es el Tarzán del film”. El enunciador supone que existe un referente ya identificado antes de sus palabras (Venus, Tarzán), pero solo retiene algunas propiedades devenidas en estereotipos.

También dependen de esta categoría los usos con el determinante *uno*: “Un Pierre Cardin habría lanzado otro perfume.” Aquí el grupo nominal presenta a Pierre Cardin como poseedor de propiedades notables que presuntamente son reconocidas por el co-enunciador.

Respecto de los nombres propios como *Juan* o *María*, es importante señalar que para que haya nombre propio es necesario que en un momento determinado ese nombre haya sido atribuido por alguna gente a cierto referente, es decir, que haya habido lo que algunos filósofos del lenguaje llaman “un acto de bautismo.” Una vez atribuida la referencia del nombre propio debe permanecer estable en una comunidad (Maingueneau 2009: 219- 22).

Resulta evidente que *Dios* no pertenece al conjunto de “seres frecuentemente evocados relativamente estable en el espacio y el tiempo” y no hay estudios teológicos ni religiosos ni ninguna referencia bíblica de que haya sido bautizado.

6. EL ANÁLISIS CUANTITATIVO DE LOS DATOS

Mediante la transcripción de los textos tomados de las revistas y los trípticos seleccionados, hemos mostrado que el enunciador no solo proclama que el nombre de *Dios* es *Jehová*, sino que, además, afirma que a *Dios* le agrada que lo llamen por ese nombre. Hemos mostrado, además, que a pesar de esa afirmación sobre la importancia del uso del nombre *Jehová* para nombrar a Dios, el enunciador opta con gran preferencia por la forma *Dios* y le atribuye a *Dios*, no a *Jehová*, los máximos atributos del poder supremo divino. Los números proporcionados por la tabla 1 ponen de manifiesto la hegemonía de la forma *Dios* en todo el corpus seleccionado.

A través de lo postulado por Ricoeur, ha quedado expuesto el posicionamiento de la tradición judeo-cristiana respecto de la imposibilidad de nombrar a *Dios* mediante un nombre propio. La perspectiva de los nombres propios planteada por Maingueneau confirma que Dios no puede tener un nombre propio. No es la clase de ser que pueda ser bautizado.

En suma, del análisis cualitativo de los datos deriva el hecho de que no es posible llamar *Jehová* a *Dios* y que el enunciador, contrariamente a lo que afirma sobre el uso del nombre de Dios, privilegia la forma *Dios* por sobre la forma *Jehová*.

La forma lingüística *Dios* aparece estrechamente ligada a la idea de poder absoluto divino. Se trata, claro está, de un poder absoluto sobre la vida y la muerte. Los contextos donde la forma *Dios* es fuertemente hegemónica son aquellos donde se enfatiza la capacidad de decisión divina de *Dios* sobre la resurrección y la vida eterna y todos sus atributos conexos.

Para confirmar con exactitud todos esos datos surgidos del análisis cualitativo, hemos medido la frecuencia relativa de ambas formas en variación: *Dios/Jehová*, a la luz de la atribución del poder supremo divino por parte del enunciador.

La Tabla 2, presenta la frecuencia relativa de uso de las formas *Dios* vs. *Jehová* en relación con la mayor (+) atribución de poder vs. la menor (–) atribución de poder para llevar adelante el cumplimiento de la promesa de resurrección y vida eterna.

	<i>Dios</i>	<i>Jehová</i>	Totales
(+) poder supremo divino	135 (84%)	26 (16%)	161
(-) poder supremo divino	0	10 (100%)	10
Totales	135	36	171

Tabla 2. Atribución del poder supremo divino

Resultados estadísticos: o.r = 8,38
 $\chi^2 = 42,5$ $p < ,001$

Los porcentajes obtenidos confirman los resultados exhibidos en la Tabla 1 respecto a que el enunciador privilegia el nombre de Dios sobre el de Jehová. La Tabla 2 muestra que el enunciador atribuye a la forma *Dios* el 84% del poder para cumplir con la promesa de resurrección y vida eterna. Por consiguiente, el factor que estamos considerando –el poder supremo divino–, influye fuertemente en la selección de las formas.

Esto demuestra de manera ostensible que la forma *Dios* es la forma más apropiada para ese contexto (resurrección y vida eterna) cuyo significado religioso es fundamental, puesto se trata del eje central del discurso que los Testigos de Jehová difunden en torno a Dios: el poder supremo para cumplir con la promesa de resucitar a los muertos y otorgarles la vida eterna.

7. A MODO DE CONCLUSIÓN

A pesar de la importancia que el enunciador le confiere al uso del nombre propio *Jehová*, es a la forma *Dios* a la que le atribuye todo el poder y el liderazgo divinos. Al igual que en el discurso de todas las religiones cristianas, *Dios* se configura, en el discurso escrito de los Testigos de Jehová, como el eje principal sobre el que se organiza toda la enunciación.

En efecto, los resultados que hemos obtenido del análisis cualitativo–cuantitativo realizado, exponen la preferencia del enunciador por la forma *Dios* y muestran que, más allá del entrenamiento ideológico recibido, toma la decisión de optar por dicha forma, surgida de su intuición como hablante y de la ausencia de “conciencia lingüística”⁷. Esa opción implica una contradicción entre lo que el hablante cree que debe decir y lo que en verdad dice.

Siguiendo a Diver⁸ (1995), podemos postular entonces que la sustancia semántica que está en juego en el uso sistemático que hace el enunciador de la forma *Dios* por sobre la forma

⁷ El concepto pertenece a Reid Wallis (1995).

⁸ William Diver, fundador de la Escuela Lingüística de Columbia, postula que la estructura del lenguaje está basada en la comunicación y que sus componentes estructurales, los signos, no son sino herramientas que le sirven a los hablantes para construir mensajes coherentes. Desde esta perspectiva, los signos realizan un significativo aporte a la comunicación y puede considerárselos como una especie de “señales” para la construcción de mensajes

Jehová, es la que conlleva la noción de posesión y dominio del *poder divino* para cumplir la promesa de resurrección y salvación. Esa sustancia semántica es la que explica la distribución de las formas *Dios / Jehová* en el corpus seleccionado para este trabajo.

Dicho de otro modo, las formas lingüísticas en los enunciados se deben, entonces, a que estas poseen *significados básicos* que contribuyen apropiadamente a los mensajes que el hablante/enunciador desea transmitir al hacer uso del lenguaje (García 1975). Las necesidades comunicativas del discurso de los Testigos de Jehová requieren, preferentemente, del uso de la forma *Dios*.

Es relevante insistir, además, en que la decisión de atribuirle a *Dios* un nombre propio se contrapone, como ya señalamos, con el episodio de la zarza ardiente que la tradición judeo-cristiana nombró como *revelación del nombre divino*, donde se afirma que ese nombre es innombrable en la medida en que conocer el nombre de *Dios* es tener poder sobre Él. El nombre confiado a Moisés, es precisamente el del ser que el hombre no puede realmente nombrar, es decir tener a merced de su lenguaje (Ricoeur 1990: 87-88).

En relación con el problema de nombrar a Dios, es oportuno además recordar la postura del teólogo alemán W. Pannenberg, quien dice:

Naturalmente que la palabra *Dios* en el lenguaje teológico es una palabra irrenunciable porque está de tal modo en el fondo de la manera en que Jesús hablaba del Padre, que su lenguaje nos resultaría ininteligible sin ella

(Pannenberg, 1973: 67)

La idea de que a *Dios* se lo puede llamar *Jehová* se contrapone, como ya se dijo, a la teoría sobre el uso de los nombres propios. En este sentido, vale recordar que, según Maingueneau:

se da nombre propio a seres frecuentemente evocados, relativamente estables en el espacio y el tiempo y que tienen una importancia social o afectiva. [...]. Respecto de los nombres propios como *Juan* o *María* es importante reiterar que para que haya nombre propio es necesario que en un momento determinado ese nombre haya sido atribuido por alguna gente a cierto referente, que haya habido lo que algunos filósofos del lenguaje llaman 'un acto de bautismo'. Una vez atribuida la referencia del nombre propio debe permanecer estable en una comunidad.

(Maingueneau, 2009: 219-222)

En síntesis, hemos confirmado nuestra hipótesis de trabajo y hemos contribuido con los estudios de léxico que, en general, no han privilegiado todavía la perspectiva de la variación.

Para finalizar, es importante destacar que las herramientas que aporta el Análisis del Discurso son compatibles con el enfoque etnopragmático en lo que corresponde a la evaluación de los datos que *a posteriori* buscamos validar cuantitativamente para corroborar la hipótesis formulada.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Jw.org

www.jw.org/es/

- Casalmiglia Blacafort H. y A. Tusón Valls.1999. *Las cosas del decir. Manual de análisis del discurso*, Barcelona, Ariel.
- Diver W. 1995. Theory, en E. Contini-Morava, B. Sussman y B. Goldberg (Eds.). *Meaning as explanation: advances in linguistic sign theory*, Berlín-Nueva York: Mouton de Gruyter: 43-114.
- Frege, G. 1998. *Sobre sentido y referencia. Ensayos de semántica y filosofía de la lógica*, Madrid, Tecnos.
- García, E. 1975. *The role of theory in linguistic analysis. The Spanish pronoun system*. Amsterdam, North-Holland Publishing Company.
- García, E. 1995. Frecuencia (relativa) de uso como síntoma de estrategias etnopragmáticas, en Klaus Zimmermann (Ed.), *Lenguas en contacto en Hispanoamérica*, Madrid, Vervuert-Iberoamericana: 51-72.
- Jitrik, N. 2008. ¿Es el discurso religioso perlocutivo? en *Conocimiento, retórica, procesos. Campos discursivos*, Buenos Aires, EUDEBA: 67-89.
- Maingueneau, D. 2009. El nombre propio. Tipos de designaciones, en *Análisis de los textos de comunicación*, Buenos Aires, Nueva Visión: 243-256
- Martínez, A. 1995. Variación y Etnografía: Dos caminos paralelos, en *Actas de las segundas jornadas de Lingüística Aborigen. Instituto de Lingüística*, Universidad de Buenos Aires: 427-437.
- Martínez, A. 2000. *Lenguaje y Cultura. Estrategias etnopragmáticas en el uso de los pronombres clíticos lo, la y le en la Argentina en zonas de contacto con lenguas aborígenes*, Universidad de Leiden, Holanda. Tesis de Doctorado.
- Martínez, A. 2009. Seminario de Tesis. Metodología de la investigación lingüística: El enfoque etnopragmático en *Escritura y producción de conocimiento en las carreras de posgrado*, en Elvira Narvaja de Arnoux (Dir.), Buenos Aires, Santiago de Arcos Editor: 259-586.
- Narvaja de Arnoux, E. 2009. El Análisis del Discurso como campo interdisciplinario en *Análisis del Discurso. Modos de abordar materiales de archivo*. Buenos Aires, Santiago de Arcos: 13-22.
- Narvaja de Arnoux, E. y M. Blanco. 2007. El comentario, entre la cita y la reformulación, en Cita, comentario y reformulación en la travesía de un fragmento del Nuevo Testamento, en *Tópicos del Seminario* [Puebla. México], N° 17: 107-117.
- Pannenberg, W. 1973. La asimilación del concepto filosófico de Dios como problema dogmático de la antigua teología cristiana, en W. Pannenberg, *Cuestiones fundamentales de la teología sistemática*, Salamanca, Ed. Universidad de Salamanca.
- Perelman, Ch. 1997. La argumentación por el ejemplo, la ilustración y el modelo, en Ch. Perelman, *El imperio retórico. Retórica y argumentación*, Buenos Aires, Norma: 113-141.
- Reid, W. 2002. Introduction: Sign-based linguistics, en W. Reid, R. Otheguy y N. Stern (Eds.), *Signal, meaning and message*, Ámsterdam-Filadelfia, John Benjamins: IX-XXI.
- Ricoeur, P. 2008. Nombrar a Dios, en P. Ricoeur, *Fe y Filosofía. Problemas del lenguaje religioso*. Buenos Aires, Ed. Docencia y Almagesto: 87-98.
- Russel, B. 2003. Nombres propios en B. Russel, *Sobre la verdad y el significado*, Buenos Aires, Losada: 107-122
- Searle, J. 1999. *Nombres propios y descripciones. La búsqueda del significado*, Madrid, Tecnos.